

ra de Sevilla que llevaba el alferez real conde de Cífuertes. Cortés pues resolvió, por tales antecedentes, establecer una poblacion, formar en ella un ayuntamiento, y hacerse nombrar por éste capitán de la milicia del vecindario, que eran los soldados mismos de su ejército. Este plan hábilmente manejado, haciendo servir á él el disgusto mismo de los partidarios de Velázquez, tuvo todo su efecto, y en consecuencia se fundó *la Villa Rica de la Vera-Cruz*, cuyo nombre se le dió por los tesoros que allí se habian recogido, y por haber hecho el desembarco el día de Viérnes Santo. Cortés se presentó al nuevo ayuntamiento, manifestando su respeto hácia aquella corporacion, y poniendo sobre la mesa el nombramiento que tenia de Velázquez, dijo, que su autoridad habia fenecido, residiendo ahora toda en el cnerpo municipal: éste, tomando tiempo como si fuese para deliberar, le nombró unánimemente en nombre del Rey, Capitán general y justicia mayor de la Villa. Con este acto Cortés no derivaba ya su autoridad del nombramiento de Velázquez, y por el artificio legal que habia empleado, no eran ya las fuerzas levantadas por aquel, sino la milicia veracruzana la que iba á hacer la conquista de Méjico. Esta medida, sin embargo, exitó el descontento de los amigos de Velázquez, y para réprimirlos Cortés tuvo necesidad de hacer uso de su nueva autoridad, y por un golpe decisivo hizo llevar presos á las naves á varios de los principales que hacian cabeza en la oposicion, y tal era el ascendiente que aquel hombre extraordinario sabia ganar sobre

los que estaban en contacto con él, que estos mismos presos fueron en adelante sus mas constantes y fieles amigos.

Mientras que Cortés se ocupaba en dar un nuevo fundamento á su autoridad, y continuaba sus contestaciones con el gobierno de Méjico, pretendiendo pasar á la capital, como embajador de un gran príncipe del Oriente, que le mandaba á tratar negocios de alta importancia, visita que Moctezuma, amedrentado con anuncios siniestros, rehusaba recibir y procuraba evitar con reiterados y ricos presentes, que estimulaban mas y mas la codicia del conquistador, se presentaron una mañana en el campamento cinco indios de trage é idioma desconocido: conducidos á la tienda del general, por medio de dos de ellos que hablaban megicano se supo que eran naturales de Cempoala, ciudad entonces populosa y capital de los Totonacas, nacion establecida en la cordillera que separa las costas del golfo de Méjico del interior del pais y forma la mesa central de éste. Ellos informaron á Cortés que su nacion habia sido recientemente sometida por los megicanos, quienes les hacian sufrir una opresion tal, que deseaban impacientemente sacudir aquel yugo intolerable, y que instruido el cacique de la llegada de los españoles, habia mandado aquellos mensageros para invitarlos á pasar á su capital. El génio penetrante de Cortés conoció al momento toda la importancia de estos informes: por ellos se enteró del estado interior del pais y descubrió desde luego, que aquella monarquía que á primera vista parecia tan poderosa y te-

mible, encerraba en sí misma los elementos de su ruina: que esta podia efectuarse por medio de los descontentos y prestándoles apoyo, y que Méjico podia ser conquistado con recursos sacados del mismo pais. El plan de la conquista quedó formado, y todas las operaciones de Cortés, desde este momento, no fueron mas que el desarrollo de esta primera idea: plan que se fué, madurando con los nuevos conocimientos que Cortés iba adquiriendo del pais, y para cuya egecucion empleó con el mayor acierto, todos los artificios y resortes de la política. Tanta verdad es que un solo descontento, puesto en contacto con un invasor, puede causar los mayores males á una nacion, y leccion muy importante de que deben aprovecharse los gobiernos.

Cortés dispuso su marcha á Cempoala, habiendo regresado Pedro de Alvarado de una expedición á que le mandó con cien hombres, para hacerse de víveres que comenzaban á escasear, por haberse retirado los indios que concurrían al campo, por disposicion del gobernador Teutile, luego que Moctezuma manifestó su desagrado por el empeño con que Cortés insistía en pasar á su corte. Alvarado en esta expedición llegó hasta Cotaxtla, de donde regresó con abundancia de provisiones. En el viage á Cempoala llevaba Cortés no solo el objeto de ponerse en comunicacion con el cacique, cuya invitacion habia recibido, sino tambien el de trasladar la nueva villa á un punto de la costa adonde habia abordado Francisco de Montejo, en el reconocimiento que le habia mandado practicar para encontrar mejor fondeadero. Cortés hizo embarcar su artillería, y

mandó que la armada le siguiera costeando, mientras marchaba por la playa al frente de su egército (\*). A medida que se apartaba de los arenales que rodean la ciudad de Veracruz, el pais presentaba un aspecto mucho mas agradable, con lo que el entusiasmo de los españoles se aumentaba cada vez mas, y comparando lo que veían con las provincias mas amenas de su patria, encontraban nuevo motivo para confirmar el nombre de Nueva-España que habian dado á estas nuevas regiones, desde el descubrimiento de Yucatán. La impresion que hacia sobre su espíritu todo lo que se presentaba á su vista, la hallamos fielmente expresada en la carta que el ayuntamiento de Veracruz escribió al emperador Cárlos V en 10 de julio de este mismo año de 1519, documento muy curioso é importante, que por lo mismo se pondrá en el apéndice á esta disertacion. “La tierra-adentro, se dice en esta carta, y fuera de los arenales, es tierra muy llana y de muy hermosas vegas y riberas en ellas, tales y tan hermosas que en toda España no pueden ser mejores, ansi de apacibles á la vista, como de fructíferas de cosas que en ellas se siembran, y muy aparejadas y conveñibles, y para andar por ellas y se apacentar toda manera de ganados.” Y con referencia á la cordillera que por aquella parte se levanta, dominada por la soberbia cumbre del pico de Orizava, dice el ayuntamiento: “A mas va una gran cordillera de sierras muy hermosas, y algunas de ellas son en gran manera muy

(\*) El terreno que atravesó Cortés hoy de la hacienda de Manga de sét en estas primeras marchas, es Clavo.

altas, entre las cuales hay una que excede en mucha altura á todas las otras, y de ella se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta que si el dia no es bien claro no se puede divisar ni ver lo alto de ella, porque de la mitad arriba está cubierta de nubes, y algunas veces cuando hace muy claro dia, se ve por cima de las dichas nubes lo alto de ella, y está tan blanco que lo juzgamos por nieve."

Pero este hermoso aspecto que la naturaleza presentaba, contrastaba de una manera terrible con el horroroso espectáculo que á cada paso ofrecian á los españoles los cadáveres de las infelices víctimas sacrificadas á los ídolos. En su primera jornada Cortés llegó con su ejército á la Antigua, y en unos pueblos inmediatos, cuyos habitantes habian huido, hallaron las señales de sacrificios recientemente hechos: siguieron adelante torciendo su camino hácia el interior de la tierra, y se alojaron en un pueblo pequeño en donde tambien se habian hecho muchos sacrificios. Al arribar á las costas megicanas hemos visto, al principio de esta disertacion, que lo primero que Grijalva encontró fueron los cadáveres de las víctimas en la isla que por esto tomó el nombre que aun conserva, é igual cosa se verificó en S. Juan de Ulúa. Alvarado en su expedicion á Cotaxtla vió en diversas partes lo mismo, y el horror de tal espectáculo se aumentó cuando se supo, que el encontrar los cadáveres mutilados de piernas y brazos y otras partes carnos, asera porque se las llevaban para comerlas. Este uso era tan comun que Bernal Diaz del Castillo dice, que en

contraban hombres y muchachos sacrificados "en todos los pueblos y caminos que topábamos" de suerte que, por ser cosa tan general, advierte que no volverá á hacer mencion de ella. Si se atiende pues á esta generalidad, y que aun en pueblos tan insignificantes como los que Cortés encontró en su viage á Cempoala, se hacian frecuentemente estos horrendos sacrificios, no solo no parecerá exagerado el cálculo de Clavijero, que hace subir á veinte mil individuos de todo sexo y edad el número de víctimas sacrificadas anualmente, sino que antes bien parecerá corto con respecto á la extencion del pais, y esto sin contar las solemnidades extraordinarias, de las cuales en la dedicacion del templo mayor de Mégico se sacrificaron 70.000 cautivos. Cosa que llena de asombro, cómo pudo establecerse y durar tan inhumano culto, y cómo hubo pueblos que pudiesen someterse á él.

Doce indios enviados por el cacique encontraron á Cortés antes de llegar á la poblacion, y renovaron el convite de entrar en ella. A medida que Cortés se acercaba á Cempoala, multitud de personas salian á recibirle manifestándole el mayor agasajo, y la satisfaccion que esto causaba en los españoles creció mucho de punto, con la noticia que trajo uno de los soldados que iban en una partida de descubierta que precedia al ejército. Este habiendo visto los patios del interior de las casas blanqueados con una especie de lustre que les daba cierto brillo, volvió á rienda suelta á decir que las casas estaban cubiertas de láminas de plata, cuya noticia desmentida despues por Aguilar y

Doña Marina, fué motivo de risa general, y en lo de adelante sus compañeros zaherian al descubridor de este tesoro diciéndole, que todo lo blanco le parecia plata. El cacique, que era excesivamente gordo, salió á recibir á sus nuevos huéspedes al patio del alojamiento que les tenia preparado, y en las conferencias sucesivas, reiterando á Cortés las quejas que ya le habian dado sus enviados acerca de la opresion que sufría su nacion, le informó que habia otras muchas que llevaban con igual impaciencia el yugo megicano, y que en especial la valiente república de Tlaxcala estaba en continua guerra para defender su libertad y su independencia. Cortés, á quien todas estas noticias confirmaban mas y mas en el plan que tenia ya formado, le aseguró que no sufriría semejante opresion, que era mandado para librarlos de ella por el mayor monarca del mundo; "que no venia sino á desfacer agravios, y favorecer los presos, ayudar á los mezuquinos y quitar tiranías." Estas palabras tomadas de su historiador Gomara, parecen trasladadas de algun libro de caballería, y han sido despues objeto de la graciosa y punzante crítica de Cervantes.

Cortés sin detenerse mas de un dia en Cempoala siguió su marcha al punto en que pensaba trasladar su nueva villa, que era un pueblo llamado *Chiahuitzla* y por los españoles Quiabislan, fuerte por su situacion, y en que esperaba hallar mejor temperamento y mas seguro ancorage para las naves que en Veracruz. La gente del pueblo, que habia huido al acercarse los españoles, volvió luego y los principales los

recibieron con las atenciones acostumbradas por ellos, zahumándolos con incienso y excusando el no haber salido á eucontrarlos al camino. No tardó en llegar tambien el cacique de Cempoala, quien unido á los del pueblo renovó con lágrimas sus quejas contra la opresion de los megicanos, exponiendo todos los agravios que de ellos de continuo recibian.

En estas pláticas estaban cuando llegó el aviso de que entraban en el pueblo cinco megicanos, recaudadores de los tributos de aquel distrito. Los caciques con solo esta noticia perdieron el color, y temblaban de miedo, y dejando á Cortés solo, fueron á recibir y obsequiar á los recién llegados: estos, ricamente ataviados á su modo, pasaron con desden delante de Cortés sin saludarle, y en el alojamiento que les prepararon los caciques, reprendieron severamente á estos por haber entrado en comunicacion con los extrangeros sin conocimiento del monarca, y en satisfaccion les pidieron veinte víctimas de ambos sexos para sacrificar. Cortés se impuso de la novedad por Doña Marina y haciendo llamar á los caciques, los alentó y les previno que prendiesen á los recaudadores megicanos. Aterrados quedaron al oír semejante orden, pues ni aun concebían cómo pudiese cometerse tal atentado contra unos ministros del grande emperador; pero estimulados por Cortés al fin se determinaron, y pasando del abatimiento á la audacia, como sucede siempre en los pusilánimes cuando se creen protegidos por algun poderoso, no solo pusieron en un collar á los empleados megicanos, sino que apalearon á

uno de ellos que les resistió, y los destinaban á todos al sacrificio, á cuyo fin los custodiaban aquella noche con cuidado. Si en la política de Cortés entraba sublevar los pueblos contra su soberano, no queria sin embargo ir tan lejos que esto causase un rompimiento inmediato entre él y aquel monarca, lo que por entonces habria sido imprudente é inoportuno. Haciendo pues servir este incidente á dos objetos diversos, hizo traer en la noche á su presencia á dos de los presos megicanos, les preguntó por lo ocurrido, y atribuyendo estos el atrevimiento de los caciques al apoyo de Cortés, negó tener conocimiento alguno del suceso, y tomó secretamente las medidas necesarias para su evasion, á fin que fuesen á hacer saber á Moctezuma la proteccion que les habia dispensado, como una prueba de la amistad que le profesaba y de su deseo de estrecharla mas yendo á visitarle. Al dia siguiente reprendió á los caciques por la negligencia con que habian guardado á los presos, y para que no se escapasen tambien los otros tres que quedaban, los hizo conducir á los buques. La fama del suceso voló por todos los pueblos de los Totonacas, que llamaron Teules, esto es dioses, á los extrangeros que los libraban de pagar tributos y de tener que entregar sus hijos para que pudiesen en las aras de las sangrientas deidades megicanas. Todos acudieron á implorar la proteccion de Cortés que se la ofreció, haciéndolos prestar obediencia al rey de Castilla, de que se extendió acta en forma ante el escribano Diego de Godoy, que acompañaba al ejército. Cortés pues, por este

hábil manejo, sin derramar una gota de sangre y haciendo el papel de libertador de los oprimidos, habia ganado para su soberano en poco tiempo de residencia en el pais, una vasta extension de éste y un gran número de nuevos súbditos.

Se ocupó en seguida Cortés de la fundacion de la nueva villa, en unos llanos á media legua de distancia del pueblo, y se trabajó con tal empeño que en breve quedó formada la iglesia, la plaza, varios edificios y todas las fortificaciones. Todos trabajaban á porfia, siguiendo el ejemplo de Cortés, que fué el primero en ponerse á cabar los cimientos, sacar tierra y conducir piedra, haciendo lo mismo todos sus capitanes, con lo que se hacia para los soldados mas ligero un trabajo, en que llevaban una parte igual los gefes. Los indios ayudaban con eficacia, con lo que en poco tiempo se tuvo levantado todo lo que era menester para parecer villa, como dice Bernal Diaz. Entretanto habia llegado á Mégico la noticia de la prision de los exactores del tributo y Moctezuma, grandemente irritado, preparaba sus fuerzas para castigar á sus vasallos rebeldes y á los extrangeros que los habian auxiliado. Si en aquel momento el soberano de Mégico hubiera hecho uso de su poder, es muy probable que hubiera triunfado, pues la situacion en que se hallaba Cortés era todavía muy peligrosa, y sus aliados en demasiado corto número, y demasiado insegura su cooperacion para poder contar con ellos; pero arrastrado aquel príncipe por el espíritu de vacilacion y desacierto con que se le vé proceder en todas sus relaciones con Cor-

tés, apenas llegan los dos presos á quienes éste habia puesto en libertad, cuando muda de resolucion y dispone mandar nueva embajada con mayores y mas ricos presentes, en la que iban dos jóvenes sobrinos suyos con cuatro grandes personajes de su corte, los cuales se quejaron de la conducta del cacique de Cempoala, á quien no castigaba Moctezuma como merecia por consideracion á Cortés y á los suyos, en quienes creia ver aquellos hombres anunciados por sus antepasados, que eran de su linage y que andando el tiempo habian de venir á estas tierras. Cortés recibió el presente, y contestó haciendo nuevas protestas de su sinceridad, y en prueba de ello les entregó los tres megicanos que tenia en las naves: pero en quanto al pago de los tributos que se reclamaban á los Totonacas dijo, que estos no podian servir á dos señores, por que habiéndose puesto bajo la proteccion del rey de Castilla, estaban exentos de toda obligacion para con su antiguo soberano, y que proponiéndose pasar pronto á verle y servirle personalmente, para entonces se arreglarian todos estos puntos. Los pueblos que habian sacudido el yugo de los megicanos se afirmaron en su desobediencia, infiriendo por la consideracion con que Moctezuma trataba á Cortés y presentes que le enviaba, que sin duda debia temerle mucho.

El cacique de Cempoala quiso entonces abusar de las ventajas que le procuraban sus nuevos amigos para vengar antiguos agravios contra un pueblo vecino, al que los historiadores españoles dan el nombre de Cingapacinga, á cuyo fin informó á Cortés que en

aquel punto se habia reunido un egército megicano contra el cual imploró su proteccion. Cortés, para hacer valer mas y mas el temor que se tenia á los españoles, quiso persuadir que uno solo de éstos bastaba para protegerlos contra un egército megicano, y para dar mayor fuerza á esta idea, envió con el cacique á un vizcaino viejo y contrahecho llamado Heredia, que fuese tirando tiros al aire y se detuviese en un punto determinado, donde Cortés con algun pretexto le alcanzaria con sus tropas. Así se hizo con asombro de los indios, y llegando al lugar donde se decia que estaban los megicanos, se encontró ser todo falso, por lo que reprendió Cortés fuertemente á los de Cempoala, obligándolos á restituir á sus dueños todo lo que habian robado en las inmediaciones del pueblo.

En el regreso á Cempoala dió Cortés un severo ejemplo de disciplina, mandando ahorcar á un soldado llamado Mora, porque robó dos guajolotes de la choza de un indio, no habiéndole librado de la muerte mas que el haberse apresurado Pedro de Alvarado á cortar la soga con su espada.

Vueltos los españoles á Cempoala, quiso el cacique estrechar los lazos de la amistad por otros mas poderosos, y presentó á Cortés ocho indias jóvenes, hijas de caciques, y entre ellas una sobrina suya, destinando esta á Cortés y las otras á sus capitanes, todas ricamente ataviadas y acompañadas de otras indias para su servicio; pero Cortés contestó, que "de buena gana recibirian las doncellas como fuesen cristianas, que de otra manera no era permitido á hombres, hijos de

la iglesia de Dios, tener comercio con idólatras"; escúpulo que se quitó despues con el bautismo de estas jóvenes, cuyos padres se tuvieron por muy honrados viendo que los españoles las llevaban en su compañía. Pero esta amistad estuvo á punto de perderse por un acto de celo religioso de Cortés, quien por un golpe de autoridad quiso destruir el culto establecido, sin que en ello tuviese todavía parte alguna la convicción. Es sin embargo muy plausible el motivo que á ello le decidió. Chocado de ver "que cada dia, dice Bernal Diaz, sacrificaban delante de nosotros tres, ó cuatro y cinco indios, y los corazones ofrecian á sus ídolos, y la sangre pegagan por las paredes, y cortábanles las piernas, brazos y muslos, y los comian, como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y aun tengo entendido que lo vendian por menudo en los tianguis, que son mercados" exigió del cacique que se pusiese término á tantos horrores y se arrojasen de sus altares los ídolos á los que tales sacrificios se ofrecian. El cacique espantado de semejante proposicion no solo lo rehusó, sino que amenazó resistirlo; pero Cortés hizo subir con denuedo cincuenta hombres al templo principal: los ídolos rodaron hechos pedazos por las escaleras y los indios quedaron maravillados, viendo que la cólera del cielo no se manifestaba con el terrible castigo que temian. En lugar de los ídolos se colocó una imágen de Nuestra Señora y por entonces á esto se limitó la variacion del culto, pues aunque Cortés hizo á los indios un razonamiento sobre los principales dogmas de la religion cristia-

na, es muy probable que no quedasen muy instruidos con solo esta breve plática.

Cortés regresó á la villa rica, y se sorprendió de hallar en el puerto un buque venido de Cuba durante su ausencia. Mandábalo Francisco de Saucedo y con él venia Luis Marin, persona que fué de importancia en lo sucesivo, y aunque no traian consigo mas que diez soldados, un caballo y una yegua, cualquiera refuerzo era bien recibido en las circunstancias. Entonces se supo que Velazquez habia obtenido en la corte el título de Adelantado de la isla de Cuba y de las tierras nuevamente descubiertas, con la facultad de poblar en ellas en los términos que hemos visto en esta disertacion. Esto persuadió á Cortés que era necesario dirigirse á Cárlos V para que sus procedimientos fuesen aprobados, y para que esto fuese con mejor efecto, propuso á sus capitanes mandar á España á dos de ellos, con la relacion de todo lo acaecido y con todo el oro y demas presentes recibidos de Moctezuma, para que la vista de este tesoro diese mayor idea de la riqueza y abundancia del pais recientemente descubierto y cuya conquista habian emprendido. El quinto de todas estas riquezas pertenecia al fisco por la regla establecida en las nuevas conquistas: del resto, segun lo acordado por el ayuntamiento de Veracruz cuando su instalacion, se debia sacar otro quinto para Cortés, y distribuirse lo demas entre los gefes y soldados; pero como hecha esta reparticion era poco lo que habria que mandar á la corte, todos cedieron su parte voluntariamente á per-

suacion de Cortés, para que fuese mayor el envío que se hacia al soberano. La lista muy curiosa de lo remitido se insertará en el apéndice con la carta escrita por el ayuntamiento, en que dá razon circunstanciada de todo lo hecho hasta entonces. Para que llevasen una y otra cosa fueron escogidos Francisco de Montejo, y Alonso Hernandez Portocarrero, éste en consideracion á que siendo pariente inmediato del Conde de Medellin, tendria relaciones en la corte para que fuesen mas favorablemente recibidas las pretensiones de Cortés y sus compañeros, y se nombró por piloto del buque que se aprestó para el viage á Anton de Alaminos, por el conocimiento que tenia del canal de Bahama por donde se habia de desembocar, pues se dió expresa orden á los comisionados para que no tocasen en las costas de Cuba, para evitar que Velazquez tuviese conocimiento de su viage y objeto que en él llevaban. Con tales instrucciones se hicieron á la vela el día 26 de julio; pero no obstante lo que se les habia expresamente mandado, arribaron á Cuba por el interés que Montejo tenia en visitar una hacienda que poseia en Marien, y por medio de un marinero que se escapó, Velazquez tuvo conocimiento de todo, con lo que hizo prontamente armar dos buques ligeros que fuesen á apresar al de los comisionados; pero cuando llegaron ya estos habian desembocado el canal y navegaban por el Atlántico, siendo este el primer viage que se hizo por este derrotero, que ha sido despues el que se ha seguido en el inmenso tráfico del golfo de Méjico y las Antillas

con Europa. Velazquez, que hasta entónces no habia tenido noticia alguna de Cortés ni de su expedicion, dirigió sus quejas á la Audiencia de Santo Domingo y á los monges gerónimos que gobernaban los establecimientos españoles en América, y no habiendo sido atendidas como deseaba, se propuso hacerse él mismo justicia por medio de las armas, segun mas adelante veremos. Los comisionados de Cortés llegados á España fueron mal recibidos y aun maltratados por el obispo de Burgos D. Juan de Fonseca, que presidia á la sazón el consejo de Indias, con lo que de acuerdo con Martin Cortés, padre de D. Fernando, resolvieron enviar á Flándes, donde el emperador se hallaba, personas que llevasen sus cartas y la del ayuntamiento de Veracruz que traian en duplicado, y es el motivo por el cual esta se ha encontrado en la Biblioteca imperial de Viena. Cárlos V dejó la determinacion de todo este negocio para cuando regresase á Castilla, por lo que por entónces quedó sin resolverse.

Apenas habian partido los comisionados y cuando Cortés disponia su viage á Méjico, se descubrió la conspiracion que habia formado un eclesiástico que acompañaba al ejército llamado Juan Diaz, con otros individuos, que tenia por objeto embarcarse secretamente en uno de los buques que habian dispuesto para volverse á la isla de Cuba, y por sentencia que Cortés dió en el proceso que se les instruyó, fueron condenados á la pena de horca Pedro Escudero y Juan Cermeño, á que se le cortasen los piés al piloto Gon-